

no podía sino estar en pié, ó arrancarse la mano. Allí fué el desear de la espada de Amadis, contra quien no tenia fuerza encantamento alguno; allí fué el maldecir de su fortuna; allí fué el exagerar la falta que haria en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviese encantado, que, sin duda alguna, se habia creído que lo estaba; allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso; allí fué el llamar á su buen escudero Sancho Panza, que, sepultado en sueño, y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaba en aquel instante de la madre que lo habia parido; allí llamó á los sábios Lirgandeo y Alquife, que le ayudasen; allí invocó á su buena amiga Urganda, que le socorriese; y, finalmente, allí le tomó la mañana, tan desesperado y confuso, que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el día se remediaría su cuita, porque la tenia por eterna teniéndose por encantado; y haciale creer esto, ver que Rocinante poco ni mucho se movia, y creia que de aquella suerte, sin comer, ni beber, ni dormir, habian de estar él y su caballo hasta que aquel mal influjo de las estrellas se pasase, ó hasta que otro mas sábio encantador le desencantase; pero engañóse mucho en su creencia, porque, apenas comenzó á amanecer, cuando llegaron á la venta cuatro hombres de á caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron á la puerta de la venta, que aun estaba cerrada, con grandes golpes; lo cual visto por Don Quijote, desde donde aun no dejaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta, dijo: "¡Caballeros, ó escuderos, ó quien quiera que seáis! no teneis para qué llamar á las puertas deste castillo, que asaz de claro está que á tales horas, ó los que están dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas hasta que el sol esté tendido por todo el suelo: desviaos afuera, y esperad que aclare el día, y entonces veremos si será justo ó no que os abran.—¿Qué diablos de fortaleza ó castillo es este, dijo uno, para obligarnos á guardar esas ceremonias? Si sois el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas de dar cebada á nuestras cabalgaduras, y pasar adelante, porque vamos de priesa.—¿Paréceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero? respondió Don Quijote.—No sé de qué teneis talle, respondió el otro; pero sé que decís disparates en llamar castillo á esta venta.—Castillo es, replicó Don Quijote, y aun de los mejores de toda esta provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza.—Mejor fuera al revés, dijo el caminante, el cetro en la cabeza y la corona en la mano: y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los cuales es tener á menudo esas coronas y cetros que decís; porque en una venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como esta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro.—Sabeis poco del mundo, replicó Don Quijote, pues ignorais los casos que suelen acontecer en la caballería andante." Cansábanse los compañeros, que con el preguntante venian, del coloquio que con Don Quijote pasaba, y así, tornaron á llamar con grande furia, y fué de modo que el ventero

despertó, y aun todos cuantos en la venta estaban, y así, se levantó á preguntar quién llamaba. Sucedió en este tiempo, que una de las cabalgaduras en que venian los cuatro que llamaban, se llegó á oler á Rocinante, que melancólico y triste, con las orejas caidas, sostenia sin moverse á su estirado señor; y como, en fin, era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dejar de resentirse, y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias; y así, no se hubo movido tanto cuanto, cuando se desviaron los juntos piés de Don Quijote, y, resbalando de la silla, dieran con él en el suelo á no quedar colgado del brazo: cosa que le causó tanto dolor, que creyó, ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se le arrancaba, porque él quedó tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los piés besaba la tierra, que era en su perjuicio; porque, como sentia lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podia por alcanzar al suelo: bien así como los que están en el tormento de la *garrucha*, puestos á *toca no toca*, que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa que, con poco mas que se estiren, llegarán al suelo.

#### CAPÍTULO XLIV.

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.

**E**N efecto, fueron tantas las voces que Don Quijote dió, que, abriendo de presto las puertas de la venta, salió el ventero, despavorido, á ver quién tales gritos daba, y los que estaban fuera hicieron lo mismo. Maritornes, que ya habia despertado á las mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fué al pajar, y desató, sin que nadie lo viese, el cabestro que á Don Quijote sostenia, y él dió luego en el suelo, á vista del ventero y de los caminantes, que, llegándose á él, le preguntaron qué tenia, que tales voces daba. Él, sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca, y, levantándose en pié, subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzon, y, tomando buena parte del campo, volvió á medio galope, diciendo: "Cualquiera que dijere que yo he sido con justo título encantado, como mi señora la princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le rieta y desafío á singular batalla." Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de Don Quijote; pero el ventero les quitó de aquella admiracion, diciéndoles que era Don Quijote, y que no habia que hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio. Preguntáronle al ventero, si acaso habia llegado á aquella venta un muchacho, de hasta edad de quince años, que venia vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas, dando las mismas que traia el amante de Doña Clara. El ventero respondió, que habia tanta gente en la venta, que no habia echado de ver en el que preguntaban; pero, habiendo visto uno dellos el coche donde habia venido el oidor, dijo: "Aquí debe de estar sin duda, porque este es el coche que él dicen que sigue: quédese uno de nosotros á la puerta, y entren